

EL VACIO INTERCULTURAL DE LAS POLÍTICAS CULTURALES EN AMÉRICA LATINA

Juan Ignacio Brizuela¹⁰⁹

RESUMEN

De un tiempo a esta parte, venimos desarrollando junto con un grupo de estudiosos de la cultura y las políticas culturales de estas latitudes, algunas reflexiones en torno de la decolonialidad, la interculturalidad y el pensamiento latinoamericano. Este ensayo es un pequeño ejercicio sobre el universo de posibilidades que nos ofrece la perspectiva geocultural. Para Rodolfo Kusch, un diálogo es ante todo un problema de interculturalidad. Y a partir de sus reflexiones, pensamos que la gestión de las políticas culturales en la democracia contemporánea asume un enorme desafío, ya que hay un límite entre el gestor y el campo cultural que pretende representar, que procura racionalizar, una tierra de nadie, un espacio intercultural que tiene una función determinante en la propuesta que el gestor se hace, la del poder acercarse y comunicarse con el beneficiario siquiera a los efectos del conocimiento. Siguiendo a Kusch, la posibilidad de ser del observador como gestor, y la posibilidad de ser del observado como artista o productor del campo cultural son propuestas de comunicación que no se encuentran, no se comunican por el vacío intercultural y en cierto modo existencial que existe entre ambos. Esto hace un problema existencial. Podríamos afirmar, también, que las políticas culturales del mundo moderno aplicadas en muchos países de América Latina son un símbolo de la silenciosa mudez de nuestro saber culto, que ha perdido el contacto con su contenido. Nuestro silencio, diríamos con Kusch, no tiene la sabiduría del silencio de la cultura popular, que manifiesta una verdad que nosotros perdimos. De ahí la necesidad de volver a América, de pensar desde el suelo, gravitados, en busca de nuevos sentidos geoculturales que orienten la gestión de las políticas públicas para el campo de la cultura.

Palabras Clave: Interculturalidad; Geocultura; Políticas Culturales.

¿Cuál es uno de los mayores desafíos de los gestores culturales, especialmente aquellos que asumen una función pública en el estado, en las democracias contemporáneas de América Latina? Sin dudas, la capacidad de establecer diálogos. Esto es, una comunicación clara, un reconocimiento de las demandas del campo cultural en su sentido más restricto, artistas y trabajadores de la cultura, y también de las diferentes comunidades interpretativas que forman parte de las complejas sociedades actuales de nuestra región.

Ahora bien, el gestor cultural no sólo tiene un enorme desafío para dialogar con el campo de la cultura, destinatario clásico de las políticas culturales. También precisa establecer entendimientos mínimos con sus colegas estatales, algunos con prácticas más sedimentadas que otros, que suelen pensar sus funciones como compartimientos estancos y asumen, de forma bastante autoritaria, el monopolio interpretativo sobre cómo deben realizarse procesos y procedimientos administrativos sin importarles demasiado la especificidad del campo de actuación cultural ni el entendimiento de su colega de trabajo.

¹⁰⁹ Gestor cultural, músico e investigador del Centro de Estudios Multidisciplinarios en Cultura (CULT) de la Universidad Federal de Bahía - UFBA, Brasil. Doctorando del Pós-Cultura (UFBA). Productor cultural del proyecto latitudeslatinas.com. E-mail: juanbrizuelapna@gmail.com

Análiticamente, tal vez pueda parecer que estamos trabajando este diálogo de forma un poco binaria y demasiado simplificada; por un lado, el entendimiento del campo cultural y, por otro lado, el del campo de la gestión estatal. Sin embargo, las prácticas de estos sectores son bastante más complejas de lo explicado hasta ahora, razón por la cual nuestro esfuerzo para estudiar y comprender esta dinámica debe ser mayor. Existen diversas prácticas y (des)entendimientos que forman parte del llamado “campo cultural” que surgen de las culturas originarias y pueblos esclavizados, culturas de elite eurocéntricas, culturas populares, de género, identitarias, entre muchas otras. Y, por su parte, la gestión estatal supone tantos procedimientos, rutinas burocráticas y (des)entendimientos como departamentos existan en una unidad – y en el caso de los órganos de cultura no suelen ser tantos -, que forman subculturas de significados con enormes dificultades de dialogar y de trabajar de forma conjunta con otras unidades¹¹⁰.

Podríamos resumir nuestras intuiciones, entonces, diciendo que el gestor cultural contemporáneo tiene el desafío de lograr un diálogo INTERcultural y también INTRAcultural, a través de canales y estrategias de entendimiento entre las culturas y subculturas de los artistas y de los agentes estatales. Esta afirmación surge de la lectura de Rodolfo Kusch, estudioso argentino, que establecía que todo diálogo es, ante todo, un problema de interculturalidad (1978b). Para este autor, el punto principal de una comunicación efectiva no está sólo en el mensaje, sino en las particularidades y en la “existencia” de los interlocutores:

Entre los interlocutores tiende a haber una diferencia de cultivo, pero no en el sentido del grado de culturalización logrado por cada uno, o sea de que uno sea más culto que otro, sino ante todo en el estilo cultural, o más bien, en el modo cultural que se ha encarnado en cada uno. Se trata entonces de una diferencia de perspectiva y de código que marcan notablemente el distanciamiento de los intervinientes en un diálogo y cuestionan la posibilidad de una comunicación real. En este sentido se diría que todo diálogo participa de la problemática de una interculturalidad, ya que lo que se dice de un lado y de otro se enreda con residuos culturales (p.73-74).

Lo que se dice, de un lado y de otro, se enreda con residuos culturales, nos dice Kusch. El modo cultural de cada uno, el estilo cultural, nos condiciona y proporciona diferentes perspectivas que dotan de sentido nuestras prácticas...

Es llamativo que en plena “era de la comunicación” y de las tecnologías de la información tengamos tantas dificultades para comunicarnos, no sólo con aquello que distinguimos rápidamente como “otras culturas”, sino con nuestros pares, compañeras de la vida, colegas de trabajo, familia, amigos, etc. Si no conseguimos comunicarnos con aquellos que son,

¹¹⁰ El diálogo y los entendimientos no resulta fáciles dentro de una unidad, como puede ser una secretaria de cultura; se complica cuando aparecen otras secretarías envueltas, y aún más cuando existen convenios entre unidades federativas o entre el estado e instituciones de la sociedad civil.

aparentemente, “nuestra cultura”, ¿cómo podremos asumir el desafío del diálogo intercultural?

Siguiendo a Catherine Walsh *“como concepto y práctica, proceso y proyecto, la interculturalidad significa –en su forma más general– el contacto e intercambio entre culturas en términos equitativos; en condiciones de igualdad”* (2009, p.41). Según explica la autora, esta relación, comunicación y aprendizaje debe pensarse entre personas, grupos, conocimientos, valores, tradiciones, lógicas y racionalidades distintas, que puedan orientarse “[...] *a generar, construir y propiciar un respeto mutuo, y un desarrollo pleno de las capacidades de los individuos y colectivos, por encima de sus diferencias culturales y sociales*” (2009, p.41). Aún más, la interculturalidad busca romper con la historia hegemónica de una cultura dominante y otras subordinadas, donde se puedan reforzar identidades tradicionalmente excluidas para construir un con-vivir de respeto y legitimidad entre todas las comunidades de las sociedades contemporáneas.

Considerando éstas particularidades y complejidades, debemos asumir y explicitar nuestras profundas restricciones como estudiosos de la cultura y de las políticas culturales, especialmente los que estamos inmersos en el “saber” decimonónico de las universidades, los llamados “académicos”, que sin dudas pertenecen a un campo de interpretación diferente de los anteriores y, por esto, tienen las mismas dificultades para comunicarse, para lograr un entendimiento o algún tipo de acierto en las prácticas culturales que se proponen estudiar de los otros sectores. Esto se vuelve aún más difícil cuando se pretende lograr un saber “objetivo”, neutral y alejado emocionalmente de su “objeto” de estudio¹¹¹.

Tal vez sea pertinente en este momento recapitular, brevemente, sobre cuál es el propósito de este texto. Entendemos que uno de los principales desafíos que deben enfrentar los gestores públicos de la cultura en las democracias actuales es la capacidad de generar canales de diálogos intraculturales e interculturales. Siendo así, ¿por qué estamos hablando de nosotros mismos, o sea, de los estudiosos de la cultura?

Nuestra intención es dejar abierta nuestras propias limitaciones, ya que como “observadores” de estos campos tenemos las mismas dificultades para establecer una verdadera comunicación y diálogo real con los diversos agentes culturales que estudiamos¹¹². Es decir, el primer desafío

¹¹¹ Los estudiosos de la cultura tenemos dificultades, también, de dialogar con otros campos del conocimiento INTRAacadémico, por aquella vieja separación corporativa entre “disciplinas”, que naturaliza que un antropólogo, un geógrafo y un físico, por ejemplo, no puedan construir conocimiento de forma conjunta o dialogar entre sí.

¹¹² Adelantamos que, en las complejas sociedades contemporáneas, los agentes culturales asumen múltiples identidades, incluso de forma simultánea, y en el campo de la cultura es bastante común el tránsito o la multiplicidad de funciones donde se mezclan perfiles de artistas, estudiosos y gestores culturales. La paradoja de este tránsito, que muchas veces parece más a un turismo descomprometido

que tenemos como estudiosos es el de dialogar y comprender al campo cultural que pretendemos estudiar desde su propio contexto, lo cual no siempre se coloca como prioridad o de forma explícita en las pesquisas académicas.

Rodolfo Kusch, por ejemplo, entiende que de nada vale recopilar datos si falla el esquema del pensamiento con el cual se los interpreta. Para él, no existen observaciones puras que no estén influenciadas de algún modo por el pensar, lo cual nos resulta bastante lógico: “[!]a objetividad depende en gran medida del sujeto, de tal modo que aquello que se observa “objetivamente” no hace sino cumplir con el modo de ver que tiene el sujeto” (2012a [1978], p.9). ¿Alguien puede realmente afirmar que es posible un estudio “objetivo” de las culturas contemporáneas? Estamos pensando a la cultura desde la perspectiva de Kusch:

[...] a la cultura no habría que tomarla sólo como un acervo, sino también como una actitud, de tal modo que pudiera llenarse con elementos no tradicionales, incluso referencias simbólicas halladas en el momento, que hacen a una diferenciación frente al interlocutor, y que adquieren en el momento del diálogo el valor de pautas culturales con las cuales uno se define frente a él (2012a [1978], p. 74).

El modo o estilo cultural que habíamos colocado anteriormente no determina las condiciones de diálogo de los sujetos, en el sentido que cada uno se cierra en su propia cultura, sino que, de forma dinámica, se van asumiendo posturas, referencias simbólicas y diferenciaciones según sea necesario para la supervivencia en comunidad. Sin embargo, adelantándose a discusiones que los llamados posmodernos realizan sobre las identidades contemporáneas, Kusch distingue un vacío existencial en la comunicación, una falta imposible de ser llenada que es lo que dificulta la efectiva posibilidad de un diálogo.

En el caso de la investigación, Kusch afirma que existe un vacío intercultural entre la racionalidad del sujeto observador y el entendimiento diferenciado del sujeto observado. Esto suele generar un problema importante en las cabezas de estudiosos más estructurados, ya que no consiguen tolerar una racionalidad diferente propuesta, en cierta medida, por el “objeto” de estudio. Como el investigador no consigue asimilar o respetar esta racionalidad diferente, la anula, lo cual significa un grave problema de comunicación. En este sentido, dice Kusch, “[r]ecuperar la racionalidad del sujeto observado, significa frustrar la propuesta inicial de la investigación para subordinarla a la posibilidad de una comunicación” (2000 [1976], p. 204-5).

De alguna forma, este pensador argentino nos alerta que lo que supuestamente se conoce como una investigación seria suele ser una imposición unilateral de la racionalidad y subjetividad del sujeto que realiza el estudio que, al colocarse como observador, anula la

que a una vocación real, es que estos pasajes no significan, necesariamente, una efectiva comunicación y diálogo intra e intercultural.

posibilidad real de comunicación, porque reduce a su par a un lugar jerárquicamente menor, totalmente pasivo y sin voz a no ser a través del estudioso, a la de “sujeto observado”:

Esto crea un problema de comunicación entre el sujeto observador y el sujeto observado, que se concreta en la diferenciación entre la cultura del sujeto observador y la cultura del sujeto observado. En virtud de esa diferenciación podría suponerse la existencia de un vacío intercultural, un vacío sin significado, imposible de determinar por falta de símbolos. Hay entonces un límite entre ambos, una tierra de nadie, un espacio intercultural que tiene una función determinante en la propuesta que el investigador se hace, la del poder acercarse y comunicarse con el observado siquiera a los efectos del conocimiento[...]. [O] sea que la posibilidad de ser del observador como investigador, y la posibilidad de ser del observado son propuestas de comunicación, no se encuentran, no se comunican por el vacío intercultural y en cierto modo existencial que existe entre ambos. Esto hace un problema existencial (2000 [1976], p. 212).

Y a partir de sus reflexiones, pensamos que la gestión de las políticas culturales en la democracia contemporánea asume un enorme desafío, ya que hay un límite entre el gestor y el campo cultural que pretende representar, que procura racionalizar, una tierra de nadie, un espacio intercultural que tiene una función determinante en la propuesta que el gestor se hace, la del poder acercarse y comunicarse con el beneficiario siquiera a los efectos del conocimiento.

Siguiendo a Kusch, la posibilidad de ser del observador como gestor, y la posibilidad de ser del observado como artista o productor del campo cultural son propuestas de comunicación que no se encuentran, no se comunican por el vacío intercultural y, en cierto modo, esto hace un problema existencial entre ambos. Podríamos afirmar, también, que las políticas culturales del mundo moderno aplicadas en muchos países de América Latina son un símbolo de la silenciosa mudez de nuestro saber culto, que ha perdido el contacto con su contenido. Nuestro silencio, diríamos con Kusch, no tiene la sabiduría del silencio de la cultura popular, que manifiesta una verdad que nosotros perdimos. De ahí la necesidad de volver a América, de pensar desde el suelo, gravitados, en busca de nuevos sentidos geoculturales que orienten la gestión de las políticas públicas para el campo de la cultura.

REFERENCIAS

- KUSCH, Rodolfo. **Geocultura del hombre americano**. Rosario: Fund. Ross, 2000 [1976].
- KUSCH, Rodolfo. Cultura y Liberación En: **Esbozo de una antropología filosófica americana**. Rosario: Fund. Ross, 2012a [1978].
- KUSCH, Rodolfo. **Esbozo de una antropología filosófica americana**. Rosario: Fund. Ross, 2012b [1978].
- WALSH, Catherine. **Interculturalidad, Estado, sociedad**. Luchas (de)coloniales de nuestra época. Quito: Ed. Abya-Yala, 2009.